

santo, quiere que se los demos! ¿Vuesa merced, Sr. D. Quijote, ha criado este pajarraco? — La disparidad, respondió el caballero, entre la que vino por las cucharas y este plepa, no está sino en el sexo. — ¿Conque San Jacinto te ha de dar alhajas de oro que no sirvan, mentecato? La Virgen tiene en su camarín, prosiguió el cura, buena cantidad de perlas, diamantes, rubíes y otras porquerías de estas: ¿sería vuesa merced servido, señor don Sancho Panza, de tomarlas también á su cargo? Son gargantillas, sortijas, rosarios y relicarios que ya no se usan; favor nos haría su merced con desembarazarnos de todo ese cascote. ¡Y miren cómo discurre el cara de caballo! — ¡Los sofiones que da el señor cura!, respondió Sancho: aínas me hace ahorcar por haber pedido una presa de esas crudas. Yo sé dónde espumé tres gallinas y dos gansos, hasta cuando llegase la hora de comer, y aquí me dan con las del martes por haber solicitado una triste pierna. — Una triste pierna de oro, replicó el vicario. Nos desrancharemos por serviros, noble mancebo: ahora están crudas esas presas y será bien esperemos que se hallen en su punto.»

Salieron de la capilla, y como volviesen á pasar por la fábrica, se llegó de nuevo el arquitecto á D. Quijote, y alargándole la mano, le dijo: «Mi querido.» Esto era para el caballero peor que llamarle buen hombre: sintió agolpársele la sangre á la cabeza, al tiempo que su mano caía instintivamente sobre la empuñadura de su espada. «¿Sabe este bebedor quién es «mi querido?»» respondió apretando los dientes y temblándole las carnes del cuerpo. Mirad dónde os ponéis, ó daréis con tal maestro que os enseñe las cuatro primeras reglas de la buena crianza.» Hubo de interponerse el cura y suplicar á D. Quijote dispensase el atrevimiento involuntario de aquel viejo, quien no era en suma sino un pobre diablo. «El aguardiente, respondió el caballero, sobre ser de mala índole es muy mal educado. Podemos dispensar por un instante á un borracho, señor cura; mas no me consta la necesidad de seguir sufriendo sus impertinencias.»



CAPITULO X

DEL ENCUENTRO QUE TUVO D. QUIJOTE CON UN PODEROSO ENEMIGO,
Y DE LOS TRABAJOS QUE Á ESTA AVENTURA SUCEDIERON

Como en la casa parroquial no hubiese el ámbito necesario para tan gran señor, le invitó el cura á pasar á la vecindad, donde le había preparado alojamiento digno de su persona. Aceptólo D. Quijote, y seguido de su escudero, se fué adonde le dirigían, pues la cama le hacía muy al caso. Los monacillos con quienes D. Quijote había dado en el suelo cuando encontró la procesión, antes se hubieran dejado ahorcar que perdonarle; y así anduvieron con tiempo dándose sus trazas para que su venganza fuese cumplida. Llegados á la casa, le designaron su aposento, advirtiéndole que en él hallaría lo necesario, y se fueron sin hacer ni decir otra cosa. Abrió la puerta D. Quijote, y se dió de hocicos con una figura desemejable, puesta allí lanza en ristre, capaz de infundir pavor en el corazón más denodado como no fuera en el de D. Quijote. Hubo de retroceder á pesar de su valentía el poderoso manchego; mas vuelto en sí al instante, arremetió al fantasma, y de una lanzada le echó por tierra. «Está muerto, gritó Sancho: mire vuesa merced cómo tiene el cadáver esta pierna fuera del cuerpo, y lo mismo este brazo. — La cabeza no está más en su lugar, respondió D. Quijote, dando un puntillón en la del difunto, la que rodó por el pavimento. El gigante ha sido de piezas, ó mi lanza ha adquirido la virtud de reducir á polvo á mis enemigos.» Sacando por el ruido que la cabeza podía muy bien no ser de carne y hueso,

se acercó á ella Sancho poco á poco, y asiéndola con cauta timidez, rompió en una carcajada. «¿Qué ocasión de risa es esta, Sancho impudente?, preguntó D. Quijote: reir en presencia de un muerto, es ó suma necedad ó suma impiedad; y en cualquiera de estos casos, incurres en mi enojo. — No hay muerto, señor, ni vivo ni muerto, respondió Sancho. — ¡Cómo!, repuso el caballero, ¿hay por ventura un término medio entre la vida y la muerte? Si este descompasado animal no está vivo, en ley de justicia ha de estar muerto; si no está muerto, ha de estar vivo. — La cabecita es de palo, dijo Sancho; y los miembros son de paja. Si no, ¿dónde están la sangre que ha corrido por el suelo y los ayes que ha echado el moribundo? — Ésta es otra de las del sabio que me persigue, respondió D. Quijote: ¿cómo puede suceder que no haya sido gigante real y verdadero éste que ahora parece obra hecha á mano? Piensa, di, haz las cosas con un granito de sal, buen Sancho. Desencapotemos el negocio, ven acá: ¿te parece razonable que este hombre, gigante ó demonio á quien acabo de quitar la vida, hubiese podido ir y venir, ponerse á caballo, manejar la lanza y entrar en combate con esta cabeza de palo? Aquí hay una entruchada de Fristón; y no te podría yo decir si esta aventura no es presagio de nuevas desventuras. — Haya sido ó no de carne y hueso este demonio, dijo Sancho, ¿de los despojos bien nos podemos aprovechar? — Eso te cumple, respondió D. Quijote; dispón de ellos sin darme cuenta. Ahora tomemos algunas horas de reposo: esta armazón dentro de la cual traemos el alma, así como requiere movimiento requiere inmovilidad. La noche es nodriza de toda criatura viviente: nos llama á su regazo y nos arrulla con el silencio blandamente. Quitame el arnés, buen Sancho; que yo extienda á mi sabor estos fuertes y trabajados miembros.» Sancho se puso á repetir con socarronería lo que más de una vez le había oído:

«Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.»

Una cosa es dormir noche por noche, respondió D. Quijote, y otra dar consigo en la cama, allá, cuando después de muchas aventuras bien concluídas no tenemos los caballeros andantes otras que acometer. Si te acuerdas, los héroes más famosos se entregaron al sueño, y esto, en trances apuradísimos, como Alejandro Magno, que se llevó de un tirón veinte horas hasta cuando Parmenión le vino á despertar diciendo en voz alta: «¡Alejandro, Alejandro, cargan los persas!» Y Mario, dime, Mario, aquel buen muchacho que hizo frente á Sila, vencedor de su padre, ¿no se echó muy de propósito á dormir debajo de un árbol, cuando las dos huestes contrarias se venían á las manos? Déjate de escrúpulos y ayúdame á deponer estas pesadas armas.» No poco satisfecho de verle pensar así, el bueno de Sancho le quitó coraza, brazales, escarcela, grebas y más piezas con que D. Quijote andaba aherrojado; y como éste mantuviese la celada, era de ver la figura del noble manchego con sus calzas adheridas á los huesos, largo y desmirriado, el yelmo en la cabeza y baja la visera. En este pelaje se llegó á la mesa, y puesto delante de un enorme jarro, habló como sigue: «Agua, licor celestial, ¿no eres tú el que circulaba en el Olimpo con nombre de néctar de los Dioses? ¿No eres tú el que la hacendosa y delicada Hebe llevaba sobre el hombro en tazones de sonrosada perla, y vertía á chorros cristalinos en las copas de los inmortales? Agua, primor del universo, esencia pura y saludable que la tierra elabora en sus entrañas, tú eres la leche sin la que el hombre se criaría raquítico y deforme. ¿Hay cosa más inocente, pura, suave, necesaria en el mundo? Eres lo más precioso y nada cuestas; lo más fino, y sobreabundas. La árida roca, como un seno de la naturaleza, te echa de sí alegre y murmurante, y corres á lo largo de la peña ó te recoges en silvestre receptáculo rebulléndote en mil sonoras burbujitas. El vino es artificio del hombre; el agua, invención del Todopoderoso: el vino ha traído la embriaguez al mundo; el agua limpia las entrañas y aclara el entendimiento; el vino desmejora y enloquece; el agua no ocasiona mal ninguno, porque de suyo es in-

ofensiva; y porque nadie abusa de ella. Manjar no hay en la tierra que más delicadamente saboree el hombre de buenas costumbres y templados apetitos, ni que más regenere y conforte. Quiero decir que tengo sed, añadió variando el tono y alzándose la visera. Es gran fortuna del hombre que su deseo más ardiente y su satisfacción más intensa no le hayan de costar trabajo ni dinero.» Diciendo estas palabras, tomó el jarro y lo empinó con la misma gana con que se había echado al colete el bálsamo de Fierabrás. Pero si algo le cayó dentro, la mayor parte le fué al pecho, y corriéndole por el estómago en gruesos hilos, bajó á arrecirle más y más las piernas, que de suyo eran heladas. «¡Maldito sea, dijo, el encantador que me persigue!» y frunciéndose de cólera, dió con el jarro en el suelo. Sancho intentó repetir la carcajada; pero un turbio vistazo de D. Quijote se la convirtió en tos fementida. «Lo que más hiciera al caso fuera que nos acostáramos, dijo, y aún podría ser que los encantadores nos respetasen el sueño.» No le pareció mal á D. Quijote el dictamen de su escudero; y ganando resueltamente la tarima que se le había prevenido, se tiró de largo á largo.



CAPITULO XI

DE LA TEMEROSA AVENTURA DE LA CAUTIVA ENCADENADA

Estaban para querer dormirse los aventureros, cuando empezaron á oír un ruido crudo y estridente como el chis chas de una cadena. «¡Santo Dios!, exclamó D. Quijote sentándose en la cama, al tiempo que su escudero, poseído de terror, acudía á refugiarse á su lado. ¿Qué puede ser esto, Sancho, sino el preludio de una aventura de las que á mí me suelen suceder? El que arrastra esa cadena es un caballero cautivo, ó quién sabe si una princesa á quien se ha hecho desaguisado, y tienen secuestrada sus injustos opresores por ocultar la mala obra. ¿Hacia dónde suena ese estridor temeroso, amigo Sancho?— Señor, respondió Sancho en voz muy baja, me está discurriendo por el cuerpo un hormiguillo junto con un trasudor, que me quita el conocimiento hasta de mi propia persona. — No podría decirte, replicó D. Quijote, así, tan de pronto, si por ahora tu miedo es justificable; porque en verdad el que ahora quiere suceder, será uno de los casos más raros de la caballería. ¿Ó es á dicha un muerto que, no habiendo fenecido sus cuentas, vuelve al mundo por altos juicios de Dios, á encomendarme su asunto, sabedor de que soy caballero andante? Yo te pudiera recordar muchos sucesos de esta naturaleza, si dudarás de su posibilidad. Hombres hubo que se fueron con un grave secreto en el pecho cuyo descubrimiento era requisito *sine qua non* para la salud

de su alma, y aun por ventura para el sosiego de sus parientes vivos; y el Altísimo permite que salgan por un instante de la eternidad y se presenten á quienes les cumple, para los fines que les convengan. Éste murió, sin duda, en un calabozo; fué sepultado con sus grillos á cuestras, y viene ahora á pedirme su libertad propia y el castigo de sus verdugos. Aún puede ser que el objeto de su viaje sobrenatural sea descubrirme un tesoro que dejó enterrado, el cual tiene que ser restituído á sus herederos forzosos.» En medio del trasudor, abrió el ojo Sancho al oír esto, y respondió que en siendo así, ya podía su amo, encomendándose al cielo y provisto de alguna reliquia, afrontarse con el aparecido y saber de él á ciencia cierta en dónde había quedado el tesoro. «Tenga cuenta vuesa merced con tomarle bien las señas y mire no se le olvide el sitio que le indique.»

Cuando esto se decía, iba saliendo á paso sepulcral por una puerta medianil una sombra temerosa, y con triste y grave continente, arrastrando una cadena, enderezaba su camino hacia los huéspedes maravillados. «Mujer, fantasma ó demonio, dijo D. Quijote, parad allí, y decidme si sois de esta ó de la otra; ó por la fe de caballero, os paso de parte á parte con mi lanza, aun cuando seáis un espíritu imponderable. — Soy persona humana, respondió el espectro. ¡Ay de mí, quién fuera tan feliz que descansara en el regazo de la tumba! — Vos sois menesterosa, repuso D. Quijote; yo, caballero andante: exponed, señora, vuestra cuita, y dad por remediados vuestros males. — Apenas los remediará la muerte, contestó el espectro. Podréis, señor, castigar á mis tiranos; remediar los tormentos y amarguras de toda una vida, ¿cuándo? Dios mismo os manda porque no consiente en que la perversidad viva triunfante y la inocencia muera vencida. Veinte años ha gimo en un calabozo, por obra del hombre que el cielo me dió por marido y compañero. — ¿Vuestro marido os ha privado de la luz del sol, y esto á la faz del mundo?, preguntó D. Quijote. — A la faz del mundo no, señor: su crimen está envuelto en las tinieblas, y lo comete cada día bajo la máscara de la virtud, pues vierte lágrima

mas de amorosa memoria en presencia de los que de mí se acuerdan. — El negocio es de difícil digestión, volvió á decir D. Quijote: vuesa merced me dé á entender más claramente en en dónde finca el punto verdadero, y déjeme ponerme de pies en la dificultad. — Ello es, replicó la dama, que ese hombre sin conciencia ni temor de Dios, poniendo á ganancia cierta situación de nuestra familia, me sepultó en esta torre y echó fama de mi muerte. Tan bien se supo averiguar con las dificultades, que, arrasados en lágrimas los ojos, vestido de luto hasta las uñas, salió airoso en su infernal empresa, rebotándole en el pecho la negra alegría de su triunfo. En tanto que mi cuerpo era llevado al cementerio con gran número de plañideras ó endechaderas, yo, señor, cargada de grillos, estaba oyendo los dobles que por mí daban las campanas. Me lloré á mí misma, y empecé á ver desde ese instante que esto de vivir en la sepultura había sido el dolor más tétrico del mundo. — ¿Y qué era del señor vuestro marido? — La pesadumbre le echó á la cama, respondió la sombra; pero luego, impulsado por una santa desesperación, salió como loco por esas calles, y en el primer convento que topó se metió fraile. — Conoció su yerro, volvió á decir D. Quijote; se arrepintió de su pecado; se castigó su delito. — Por ocho días, señor, dijo la sombra: al cabo de éstos, salió de la iglesia vecina casado, y bien casado con otra, merced á los religiosos por cuya mano había consumado el rapto de una doncella escasa de prudencia. — Mía fe, hermano Sancho Panza, dijo D. Quijote; el señor viudo sabía lo que era bueno: ¿has visto un tejemaneje más curioso? Prosiga vuesa merced, señora, y hágame relación de los puntos esenciales. ¿Conque se casó el muy bellaco, robando una niña sin mundo, y esto por medio de unos religiosos? — ¡Y la muchacha era mi sobrina carnal, diga vuesa merced, señor! — *Los tiempos de agora, muy al contrario son de los pasados*, repuso D. Quijote. ¿Había sin duda hecho voto cuadragesimal ese santo hombre? — ¡Qué, señor, si se ayunaba trescientos ochenta días al año, y era el más insigne rezador que han visto los dominios de Su Majestad Cató-

lica! Dicen que cuando me hubo enterrado, juró por el Santísimo Sacramento no comer carne en los días de su vida, ni salir de noche, ni mudarse camisa sino de cuatro en cuatro meses. — ¿No juraría también, preguntó D. Quijote, no raparse las sus barbas nin sacarse las sus botas, nin con la condesa holgare, á modo del conde Dirlos? — Cabalmente, respondió el espectro, es conde el fementido, y pudo haber imitado en todo eso al Dirlos. — ¿Cómo se llama el truhán, señora? — Llámase el conde Briel de Gariza y Huagrahuasi, señor; por otro nombre, el cruel Maureno. — Más que crueldades, repuso D. Quijote, son bellasquerías las que vuesa merced va refiriendo, y así yo no le llamaría el Cruel, sino el Bellaco. Ahora bien: ¿qué sucedió los tiempos adelante? — ¡Qué había de suceder!, respondió la cautiva, sino que así como esta cuitada había oído los ayes y gritos de las endechaderas cuando la llevaban á enterrar, asimismo estuvo oyendo la baraúnda que el pérfido metió con motivo de su himeneo, pues hubo corrida de toros en el patio del castillo, juegos de cañas, torneo, zambra y cuanto puede imaginar un poderoso que quiere holgarse, sin omitir, eso sí, los responsos ni las misas por el bien de mi alma. — Hurtó el puerco, dijo Sancho, y daba por Dios los perniles. — ¿Qué perniles?, respondió el espectro con mucha cólera, no daba sino las cerdas. — No metas aquí tu cuarto á espadas, dijo D. Quijote á su escudero, ó pondrás la relación en peligro de interrumpirse. — ¿Qué más hizo, señora, el tal conde Briel de Gariza y Huagrahuasi? — En tanto que esta cosa frangible, delicada, que se llama hermosura, duró en mí, tenía por costumbre el cruel Maureno venir á mi prisión y valerse de la fuerza: desmejorada, enflaquecida, pálida, quince años ha que no le veo. — Para que la reparación del daño, respondió D. Quijote, y el castigo de las sinrazones á esos fechos, señora, no dejen nada que desear, conviene me digáis el nombre y las circunstancias atañaderas á vuestra rival vencedora. — Intitúlase la bella Jipijapa, señor; aunque por acá tenemos noticia de que no es tan bella, porque es chata, y tiene la una oreja más larga que la otra. — Esto no hace á nuestro

propósito, dijo D. Quijote: tenga mi espada la longitud que ha menester para traspasar el corazón á ese menguado, y allá se averigüe él con las orejas de su parentela. ¿Vuesa merced cómo se llama, si es servida? — Soy la condesa Remigia Guardinfante, criada de vuesa merced. — Pues váyase libre y contenta la señora condesa Remigia Guardinfante, y diga al conde Briel de Gariza y Huagrahuasi que D. Quijote de la Mancha es quien pone en libertad á vuesa merced, burlando todas sus trazas, y que el tal caballero mantiene sus hechos con armas y á caballo. — Gran favor, respondió la cautiva. ¿Y de estas cadenas qué hago? — Las cadenas llévelas sobre sí la víctima; preséntese con ellas en medio de la corte del traidor, y hágalas rechinar muy alto y métaselas en las barbas á la bella Jipijapa, y vean todos cómo un solo caballero andante saca de las mazmorras presos envejecidos en ellas; de la sepultura, difuntos de veinte años; deshace matrimonios contrahechos, descubre fechorías, levanta caídos, da en rostro con sus secretos á los malvados omnipotentes, endereza tuertos y pone todas las cosas en su punto. — Gran favor, volvió á decir el fantasma. ¿Y ese estafermo que está ahí, quién es? — Es mi escudero Sancho Panza, respondió D. Quijote. — ¿Es mudo?, preguntó de nuevo la cautiva. — ¡Mi padre!, exclamó D. Quijote; si se ha estado callado ha sido de miedo. Él volverá á hablar: no se afane vuesa merced, señora condesa, y dése por libre. — Pues me voy,» dijo en conclusión la sombra encadenada, y enderezó el paso hacia los corredores.

Sancho Panza no quiso adrede hablar durante un cuarto de hora, por más que su amo le tentaba la boca; hasta que en última instancia, y por ahorrarse algunos palos, tomó la palabra, mas no para decir algo sobre los malos juicios de la prisionera respecto de su silencio, sino para hacer más de un reparo tocante al desentendimiento del aparecido en orden al tesoro. «Si no era difunto, ¿qué tesoro había de descubrir?», gritó don Quijote, prendiéndose en cólera: te estás ahí como un basán un día entero, y á deshoras sales con una majadería de las tu-

yas. — Si el espectro no dijo nada del tesoro, replicó Sancho, hubiera hecho mejor en no venir á incomodarnos con sus pajarotadas. Yo soy hombre ocupado, y no tengo tiempo para echarlo por la ventana oyendo un día entero los ayes fingidos de cualquier condesa que me salga al paso, y todo de balde ó gatis, esto es, sin coger un maravedí. — Antes quisiera yo verte sin lengua y mudo como ahora ha poco, repuso D. Quijote. ¿Conque se te ha de pagar hasta porque se te hace el favor de hablar contigo, especulador endemoniado? Plegue al cielo que salga de las paredes ó se entre por esas puertas una legión de diablos para que te mueras de miedo y yo descanse de tus negras vaciedades. ¿Qué entiendes por gatis, animal?» Como si las palabras de D. Quijote hubieran sido una poderosa evocación, se metió allí un personaje que hartó se parecía al guardián mayor de un serrallo, pues ni el turbante ni la cimitarra al cinto le faltaban. Seguíanlo hasta seis figurones espantables, vestidos de hábito morado, cual si fuesen hermanos de una cofradía, trayendo por delante unas narices, la menor de las cuales sobrara para apuntalar una torre. Después de una danza macábrica atrozmente ridícula, se pusieron en hilera los vestiglos, y el capitán, mirando hacia los aventureros, dijo en voz ronca: «¿Cuál es el hideputa que osó poner en libertad á la cautiva? ¡Guardias!, embestid con esos avechuchos que están ahí acurrucados, y dad trescientos capirotos y doscientos pasagonzales á cada uno de los fermentidos, de orden del conde mi señor; é non faredes ende al.» Echáronse los esbirros sobre los aventureros, y les dieron un revolcón tan gracioso, que el coronista de estos acontecimientos no halla razones hartó expresivas para encarcelarlo. Excediéndose de las instrucciones, no se detuvieron en los límites de los capirotos y pasagonzales apuntados arriba; antes bien, hubo coces, mojicones, torcimientos de orejas y otras golosinas de las que menos le suelen agradar á Sancho. Diéronles por último un donosísimo capeo; y cuando el capitán hizo una señal en un castrapuercos tocado de la manera más risible del mundo, se alzaron los vestiglos y desaparecieron cual

una legión fantástica. «¡Vaya el diablo, para necio!, dijo don Quijote; ¡y cómo ha cargado la mano en esta superchería! ¿Vives, Sancho? Haz que paren esos demonios, y el fin de la cuestión será que yo me los lleve de calles.» Sancho Panza tenía remachadas las narices, y más de un burujón en la cabeza. Cuando le pasó el terror, le sobrevino el enojo, y se puso á llorar de coraje, achacando á su amo cuantas desgracias le sucedían. «Que yo te las cause ó no, dijo D. Quijote, no es el nudo del asunto; pero ni desflorar quiero por ahora esta materia, que ya llegará el tiempo en que veas todas las cosas en claro. Si las lágrimas no fueran la expresión, así de la flaqueza como de la cólera, aquí te las castigaba yo con todo el rigor de mi ánimo. Lloró Eneas, lloró Amadís, lloró Nemrod, lloró Satanás, ¿por qué no has de llorar tú? Llorá, Sancho; y aún puede ser que el llanto provenga en ti de la impetuosidad reprimida de tu corazón, al ver la impotencia en que te hallas de vengarte de tus enemigos. Las lágrimas no siempre son cosa de mujeres: caballeros andantes y emperadores conozco que han llorado como niños, en situaciones en que el fuego del alma no hallaba otro camino que los ojos. Has oído quizás imputar de cobardía al hombre que las vierte; pero eso suelen hacer los cobardes, cuyo valor está más en la lengua que en el pecho. Si uno llora y está pronto á cerrar con el enemigo, ¿habrá dado señales de miedo? Si llora, y sufre los quebrantos de la vida mejor que cualquier otro, ¿diremos que está demostrando su pequeñez? El llorar es como el reír, una de las expresiones de la naturaleza que corresponde á todos los hombres, débiles ó esforzados, heroicos ó pusilámines. Cuando las lágrimas son de queja, ya no las puedes verter, si eres caballero, pues los estatutos de la caballería rezan: «Otrosí todo caballero nunca debe decir ai; é lo más que podiere, excuse el quejarse, por ferida que haya.» Si la exaltación, la indignación, el enojo sin desfogue te las arrancan, échalas sin melindre: el gran Amadís de Gaula lloraba todos los días; Eneas, según ya te llevo advertido, era un llorón de más de marca. La esterilidad de los ojos indica muchas veces esteri-

lidad de corazón: una alma plebeya, seca, torpe, no se sentirá humedecer con el dulce rocío del amor, ni la compasión caerá sobre ella en forma de lluvia celestial. Terneza, lástima, vivo encendimiento del espíritu, son agentes misteriosos que empanan las entrañas de los hombres delicados en quienes los afectos de primer orden no duermen ni un instante. Los desprovistos de sensibilidad, los soberbios y vanidosos, los tontos, lloran si se les zurra, si se les quita algo, si les duele la cabeza, y es punto de honra en ellos no llorar donde lloran los hombres, Llorar, Sancho, y así se te desagüen por los ojos la ingratitud y la falta de memoria. Las mercedes que te tengo hechas no son moco de pavo, y las que pienso hacerte son mayores, aunque no las mereces, criado mal agradecido.»

Mohino había estado oyendo el escudcro el arranque de su señor, enjugándose las lágrimas en tanto que le oía. Entre ruborizado de su flaqueza y consolado con el razonable y en cierto modo cariñoso tono de D. Quijote, se dió á partido y prometió seguir con él al fin del mundo.



CAPITULO XII

DE LA GRANDE AVENTURA DEL PUENTE DE MANTIBLE QUE NUESTRO BUEN CABALLERO SE PROPUSO ACOMETER Y CONCLUIR EN UN VERBO

Cide Hamete no cuenta si D. Quijote rezaba en la carrera de las aventuras: lo omitió por sabido; como que el bueno del hidalgo era cristiano ante todo, y sabía que los caballeros andantes habían sido infatigables rezadores, maestros y peritos en el negocio del rosario. Belianís de Grecia no dejaba holgar la espada sino para rezar; el conde Dirlos iba siempre

«Armado de armas blancas
Y cuentas para rezare;»

y en rezar se ocupaba el almirante Balán en Girafontaina. Sentado en la cama D. Quijote, mascullaba sus avemarías, cuando un fraile altísimo, calada la capilla, grave el paso, entró y se acercó á él con una lámpara en la mano. «*Pacem meam do vobis*, dijo. El ruido de vuestra fama, valeroso caballero, ha llegado al retiro donde unos cuantos hombres divorciados del mundo vivimos con Dios en el seno de la naturaleza, y vengo á encomendarme á vuestra espada contra un gigante descomulgado que infesta y roba estas comarcas. — ¿Cuál es el punto, padre reverendo, preguntó D. Quijote, y quién es vuesa paternidad? — Soy el provincial de la orden de cartujos que sobre esta mon-